



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

SIETE

Un adelantado de la prensa católica: José M. Quadrado, periodista en la estela de Balmes

JUAN CANTAVELLA

Universidad San Pablo-CEU (Madrid)

En una época tan temprana como la primera mitad del siglo XIX, el sacerdote Jaime Balmes tomó como suya la tarea de aplicar la doctrina evangélica y pontificia a las cuestiones de actualidad que se exponen o comentan en las páginas de los periódicos. Convencido de que la pluma tenía que ser el instrumento para desarrollar su tarea apostólica, tuvo presente el cambio que se estaba gestando: en adelante no habría que considerar los libros como los únicos medios de comunicación de los que debía servirse¹. En aquel momento histórico ya era la prensa la que podía llegar a un mayor número de personas y por eso urgía aprovecharla para hacer sentir a la sociedad las tomas de postura a las que le impulsaban sus ideas. No estuvo solo en aquel enfoque novedoso, porque un grupo de seglares le secundó de una forma entusiasta. Entre ellos destacó el menorquín José María Quadrado, cuya actividad profesional de historiador y archivista la compaginará a lo largo de toda su vida con la dedicación al periodismo, sobre todo con su entrega desbordante e ilusionada a los periódicos que militaban en el catolicismo.

¹ Por aquellos años, Quadrado escribe sobre esto con algo de exageración: «Lo que son en el día la tribuna, la prensa y todos estos complicados vehiculos y poderes (...) lo eran antes las iglesias, los púlpitos, las misiones y las visitas pastorales» («La religión y el siglo», en *La Fe*, Palma de Mallorca, 31 de agosto de 1844, p 68). En realidad, no se había producido un cambio tan radical, ni tampoco lo moderno suplantó a lo de siempre, sino que empezaron a complementarse (bien tímidamente por aquellos años).

Todos los biógrafos y exegetas de Balmes destacan la constancia y combatividad con que hizo uso de la prensa en la formulación y divulgación de su pensamiento sobre cuestiones del momento. Para ello se sirvió de varias cabeceras a las que infundió el espíritu luchador y la sólida doctrina que caracterizan su trabajo en el campo del periodismo (*La Civilización, La Sociedad, El Pensamiento de la Nación*). Su voz se hizo oír con fuerza durante una serie de años, hasta que los desengaños políticos le llevaron a una prudente retirada y la muerte le sorprendió a una edad temprana, cuando era mucho lo que cabía esperar de su inteligencia y capacidad organizativa.

Pero, en los años de máxima actividad, esa presencia arrolladora alentó la participación de una serie de seglares que se involucraron en la prensa católica: cada uno de ellos se convirtió en promotor de proyectos que beneficiaron la difusión de sus creencias, así como de los principios que la jerarquía eclesiástica tenía interés en divulgar, y todos juntos constituyeron un frente muy activo en la defensa de los planteamientos confesionales y a veces también políticos. La contundencia argumentativa, la capacidad de trabajo, la puesta en marcha de constantes iniciativas y el ejemplo de vida del joven sacerdote impulsaron una línea de trabajo que fue imitada por algunos, siempre menos de los que era menester y en inferioridad de condiciones a los que trabajaban contra la Iglesia.

En un tiempo en que todavía no se ha extendido dentro de la Iglesia (jerarquía y pueblo) la convicción sobre la importancia de los periódicos en la divulgación de la doctrina y en la formación de los individuos, son ellos los adelantados de un movimiento que sólo largos años después cristalizará en un convencimiento mucho más extendido, con varios frentes de actuación en el conjunto de España y con realizaciones que llegarán a ser esplendorosas, aunque mucho menos de lo que podía alcanzarse para las energías que se emplearon².

Hay que tomar conciencia de que los Papas no llamaron explícitamente a los cristianos para que se enrolaran en esta campaña hasta

² Véase nuestro trabajo «Los primeros intentos de acercamiento de la Iglesia a la prensa», en *Actas del III Congreso Católicos y Vida Pública. Retos de la nueva sociedad de la información*, Madrid, Fundación Universitaria San Pablo-CEU y Fundación Santa María, 2002, tomo II, pp 947-964.

bien avanzado el siglo XIX, en tiempos de León XIII (1878-1903), cuando éste invita a los escritores católicos a «trabajar con todo ardor por convertir en medicina de la sociedad y en defensa de la Iglesia lo que los enemigos usan para daño de ambas»³. Antes hablaban de los peligros de libros y folletos, de los perjuicios de la libertad de imprenta en general: es el caso de Gregorio XVI (1831-1846) y de Pío IX (1846-1878). Pero hay que observar cómo, si bien es cierto que hasta el último cuarto de aquella centuria hay una falta de doctrina sobre las publicaciones periódicas y el volcarse los cristianos en ellas, no por eso dejan los Papas de estimular la creación de órganos de prensa, lo que Iribarren llama «las primeras medidas de carácter constructivo» (p 46*), como son la participación en el *Giornale di Roma* (1849), el apoyo a los jesuitas para que pongan en marcha *La Civiltà Cattolica* (1850) y la fundación de *L'Osservatore Romano* (1861).

Quizá no se ha resaltado suficientemente el hecho de que algunos publicistas de nuestro país no esperaron consignas imperativas del Papado para lanzarse a la tarea. Antes de que aquéllas se insinuaran, ya es posible encontrar en los centros de Barcelona y Madrid, pero también en otros lugares del territorio español, una serie de personas con clara vocación de periodistas católicos, en la medida en que por aquellos años podemos hablar de periodistas y también añadir ese adjetivo al sustantivo. En cierto modo ellos fueron quienes se adelantaron a las indicaciones que más tarde acabarían imponiéndose e impulsaron una línea de actuaciones que, si algo hay que lamentar, es que no fuera más dinámica, eficaz y seguida más ampliamente⁴.

³ Alocución *Ingenti sane laetitia*, dirigida a los periodistas que le visitan en 1879. Cf. J. IRIBARREN (1968), *El derecho a la verdad. Doctrina de la Iglesia sobre prensa, radio y televisión (1831-1968)*, Madrid, BAC, p 12.

⁴ También algunos de éstos exponen tempranamente el papel que les corresponde jugar a los periodistas en la difusión de las ideas verdaderas, aquéllas que es necesario poner al servicio de los demás. Balmes lo hace en algunos artículos (por ejemplo, en *El Pensamiento de la Nación*, 28 de mayo de 1845) y Donoso Cortes ya utiliza en 1849 los conceptos «sacerdocio civil» o «milicia», que luego se repetirán hasta la saciedad. Cf. J.L. RUIZ SÁNCHEZ (2002), *Prensa y propaganda católica (1832-1965)*, Sevilla, Universidad. Y eso que, a juicio de este autor, «la preocupación por el desarrollo del periodismo católico se planteó en España algo más tarde que en los países de nuestro entorno» (p 22).

1. Un grupo de seglares

Muchos son los autores que se han referido a este grupo de católicos (seglares en su mayor parte), que consecuentes con su vocación supieron aprovechar la potencia de los periódicos para hacer oír su voz lo más lejos, alta, clara y eficazmente posible. Cada uno tiene su ámbito, estilo, momento y pasión, pero han sido reunidos en los estudios sobre aquella época como los apologistas católicos que, además de los libros, conocieron y amaron la capacidad de la prensa para expandir sus ideas (incluso hablan de la Escuela Apologética Catalana, o Catalano-Balear, en la que sitúan a Balmes, Roca y Cornet, Manuel de Cabanyes, Rubió y Ors, Ferrer Subirana, Quadrado y Tomás Aguiló).

Menéndez Pelayo se refiere a ellos como notables por sus actuaciones, tanto en los libros como en la controversia periodística, donde «mantuvieron izada la bandera de la fe y resistieron el empuje de la corriente heterodoxa». Ya habla de los «periodistas católicos» de Madrid y de Cataluña, región ésta donde «hizo más prosélitos Balmes»⁵. Otro autor los presenta de la siguiente manera: «Al mismo tiempo que Balmes, florecían en el principado catalán y en la isla mallorquina otros beneméritos escritores que consagraron la mejor parte de su vida a los estudios religiosos. Si algunos de ellos yacen en el olvido, ora porque la fama del autor de *El Criterio* les eclipsó, ora porque su actividad se perdió en la corriente arrebatada de la prensa periódica, deber nuestro es recordar sus nombres...»⁶. Revuelta destaca la presencia de una pléyade de católicos seglares que, al lado del clero, asumen gallardamente y sin complejos la tarea de cristianizar la sociedad: «Donoso, Quadrado, Carbonero, Aparisi, Masarnau y sus entusiastas colaboradores en la prensa, en la tribuna y en la dirección de las asociaciones, son, según se ha dicho, los nuevos "santos Padres" de la Iglesia española que, en unión estrecha con los sacerdotes, derrochan ingenio y entusiasmo para salvar el tesoro de la fe»⁷.

⁵ M. MENÉNDEZ PELAYO (1978), *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, BAC, tomo II, pp 969-970.

⁶ R. GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO (1935), *Los apologistas españoles (1830-1930)*, Madrid, Fax, p 45.

⁷ M. REVUELTA GONZÁLEZ, «Religión y formas de religiosidad», en «La época del Romanticismo», tomo XXXV-1 de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, p 283.

El padre Casanova dedica un capítulo a la Escuela Apologética Catalana en su biografía de Balmes⁸ y, después de trazar los retratos de sus principales integrantes, establece las relaciones y caracteres del grupo. Al lado de la Restauración francesa, con nombres como Chateaubriand, Ozanam, Montalembert, Bonald o De Maistre, sitúa la nuestra, que «si bien es más modesta, no rehuye, con todo, la comparación». Establece las relaciones entre ambas y, «comparando la legión apologista seglar catalana con la francesa, y aun con el eco castellano que tuvo ésta en Donoso Cortés, hemos de notar a favor de aquélla que nunca mereció la censura ni la desconfianza del mundo eclesiástico». Pues aquí «no sólo todo el mundo se fiaba de la doctrina de Roca y de Quadrado, sino que incluso aceptaban sus libros de piedad que de generación en generación han llegado hasta nuestros días». Destaca asimismo la eficaz apología de la fe católica que realzan con sus comportamientos, pues impresiona «ver a los hombres más eminentes en toda humana cultura darse a la práctica de la piedad y del apostolado» (pp 272-278).

Quien con mayor intensidad se ha ocupado de este movimiento ha sido Rubió y Lluch⁹, explicando las características generales y trayectoria de sus componentes. Prima la presentación entusiástica, pues a su juicio «la primera y más importante escuela apologética en España, en el campo del periodismo, fue catalana, y que Barcelona y Palma fueron dos de sus más brillantes centros». Resalta el que se trate de un episodio histórico en los comienzos de este tipo de apologética, cuando ya no son los sacerdotes los que llevan la iniciativa, sino «un reducido grupo de escritores seglares. Catalanes y baleares, unidos por una hermandad espiritual y literaria, y quizá también por un inconsciente atavismo de raza, que hizo de ellos un solo grupo y una verdadera escuela» (p 273). Para este autor hay tres etapas o campañas periodísticas en las que se manifiesta el ímpetu y la cohesión de grupo: son las que se desarrollan alrededor de *La Religión*, fundada por Roca y Cornet en 1837; *La Civilización* (1841), con Roca y Balmes, y *La Fe* (1844), que debe su existencia a Quadrado y Aguiló.

⁸ Estudio preparado por el padre Ignacio Casanova (después resumido por el padre Miguel Flori) en el vol I de las *Obras completas* de Jaime Balmes, Madrid, BAC, 1948.

⁹ A. RUBÍO Y LLUCH, «Noticia de algunos apologistas seglares contemporáneos de Balmes», en *Centenario de Balmes. Actas del Congreso Internacional de Apologética*, Vich, Imprenta de L'Anglada, 1916, tomo II, pp 271-292.

2. Siempre con la prensa

En el caso de José María Quadrado, desde el primer momento, en los años de su inquieta juventud, se aprecia un interés por los papeles periódicos que le acompañará durante el resto de su existencia¹⁰. Siempre estuvo involucrado en proyectos periodísticos, porque era una actividad que amaba con intensidad y no sabía vivir alejado de ella. Las más de las veces trátase de publicaciones confesionales, porque éste es el campo en que encuentra su mente más segura y la pluma, veloz y eficaz, aunque también se entregó con noble afán al campo de la cultura. Parece que esta voluntad de unir su fe profunda con la exposición de las razones que le mueven le llega prácticamente desde la infancia, animada la primera por la educación que le proporciona su madre y la formación que recibe de los jesuitas y propiciada la segunda por sus constantes lecturas y el deseo de poner a disposición de la Iglesia y sus contemporáneos las dotes intelectuales y literarias con que ha sido agraciado.

Antes de los 20 años ya compila los artículos que han llamado su atención en una lectura atenta de diarios y revistas. En los seis volúmenes de *Frutos de la prensa periódica*¹¹ es posible encontrar unos cuantos textos que se explayan sobre el problema religioso, tal como se vivía en su tiempo. Cada tomo se abre con una selección de los mejores artículos referidos a la religión, recogidos en las publicaciones que circulaban por entonces y elegidos con los criterios de seriedad y ponderación que caracterizaron su trayectoria (lo curioso no es que llegara a ser así, sino que ya se comportara de esa manera en sus años mozos). Es una manera de colaborar en la difusión de principios y planteamientos razonables que no se hallaban al alcance de los más y aún llama la atención el que aquel joven fuera capaz de ojear prensa tan diversa, y en ocasiones minoritaria, desde su apartada isla. Hay que atribuirlo a su curiosidad personal, a la inquietud periodística que ya no le abandonará nunca, a una honda preocupa-

¹⁰ Este aspecto de su vida lo hemos tratado en «El periodista Quadrado», inserto en la obra colectiva *Joan Ramis i Josep M. Quadrado: de la Il·lustració al Romanticisme*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999, pp 313-326.

¹¹ *Fruto de la prensa periódica. Colección de religión, política y literatura sacada de los mejores periódicos de España*, Palma, Imprenta y librería de Estevan Trias, 1839-40.

ción religiosa y al afán por compartir con sus conciudadanos lo que aparece en los impresos que no pueden llegar a todos.

No pasará mucho tiempo sin que se decida a dar un importante paso adelante en el terreno de la profesionalización y de su compromiso con los medios confesionales. Será en el diario *El Católico* de Madrid donde recibirá el bautismo de fuego de la profesión y donde de una forma decidida pondrá a punto su pluma para la tarea que, como creyente, emprenderá más adelante y convincente¹². De momento la experiencia no es todo lo grata que podía haber sido, ni responde a las expectativas que se había formado cuando, en su residencia mallorquina, soñaba con alcanzar la fama que le habían augurado quienes habían sido lectores de sus escritos primerizos. El que su afán no fuera sólo profesional, sino apostólico, es reconocido por Balmes cuando en una carta le decía: «Ya que así lo ha querido Dios, continúe usted defendiendo la fe, porque también desde Palma se puede hacer el bien»¹³.

¹² NÚÑEZ ESPALLARGAS se refiere a *El Católico* (1840-50) como uno de los periódicos lanzados para hacer frente a la avalancha de los medios avanzados: «Los núcleos religiosos españoles preocupados por la repercusión y el éxito alcanzados por esta prensa progresista comienzan, a partir de 1836, a promover una alternativa de carácter católico que atrajera al público creyente frecuentemente desconcertado ante la variada oferta laica» (en «La vida en Menorca en el bienio 1842-43 a través de las crónicas del corresponsal en la isla de *El Católico* y las colaboraciones de J.M. Quadrado en este diario», en la *Revista de Menorca*, segundo semestre de 1993, pp 253-288). Oferta laica y destructiva, a juicio del propio Quadrado, que en un artículo posterior en homenaje a Balmes describe la situación de los medios periódicos cuando irrumpe éste con la intención de sanearlos: «Antes de su aparición (...) ¿qué sudaban nuestras prensas? Diarios, folletos, centellas de talento desparramadas infelizmente en servicio de pasiones, de intereses del momento y tal vez del error, apologías de la verdad en que, con cortas y honrosas excepciones, corría parejas la exageración de las ideas con el mal gusto de las formas; por todas partes apasionamiento, frivolidad, olvido de los buenos y sólidos estudios» («Balmes y Piferrer», en la *Revista hispano-americana*, tercera entrega, 1848, pp 184-191). Años antes ya había descrito este panorama nefasto que se ofrecía al lector español al decir: «Es imposible negar que la prensa, y en especial la prensa periódica, haya causado gran daño a la religión, ya zahiriéndola directamente, ya propagando ese espíritu de presunción y desobediencia que se llama a veces Ilustración, ya distrayendo los ánimos con cuestiones e intereses verdaderamente sublimes...».

Pero observaba un renacimiento, porque algunos medios se estaban situando en una posición que pone sensatez donde antes sólo había desvíos: «Una parte de la prensa volvió de su embriaguez, y considerándola como voz del porvenir, puesto que las ideas se anticipan siempre y preparan el camino a los hechos, no podemos menos de concebir una lisonjera (*sic*) esperanza y de anunciar una restauración (...) y no dudamos que de ella pueda extraerse un eficaz antídoto para neutralizar todo el veneno que haya difundido...» («La prensa antídoto de sí misma», en *El Católico*, 31 de marzo de 1843). Entre los autores creyentes de entonces existe una consideración casi unánime sobre la situación degradada de la prensa, con banderías, subversión y ataques a la religión y sus ministros.

¹³ Carta a Quadrado de 19 de marzo de 1844. Cf. J. BALMES (1948), *Obras completas*, Madrid, BAC, tomo I, p 729.

Pero, tras aquella experiencia fallida, se sentirá atado con lazos indesmayables a la persona y a los empeños de Jaime Balmes. Lazos tan inextricables que no será capaz de defraudarle cuando éste le solicita con vehemencia que le acompañe, de nuevo en Madrid, en otro de sus proyectos más acariciados, la salida del diario *El Conciliador*. Le costará decidirse, pero no puede desatender los requerimientos de quien se lo pide y dará el paso al frente con todas las consecuencias. Para entonces ha conseguido un puesto en el Archivo del Antiguo Reino de Mallorca y además no desea separarse de su madre, con la que convive. Mas la insistencia de su amigo y el convencimiento de que no puede negar su aportación personal a una buena causa inclinan la balanza a favor del desplazamiento. No es una retribución elevada lo que le mueve, ni un lugar de privilegio en la sociedad española de su tiempo, sino contribuir a un proyecto político y moral que no puede dejar desatendido. Lo reconoce el mismo Balmes: «No dudo que habrá sido un sacrificio: pero ésta es la condición de ciertos hombres; se deben a la sociedad» (*Ibid.*, p 771).

El filósofo de Vich, cuando recibe la conformidad de Quadrado, le expone la difícil tarea que le aguarda: «Sostener los buenos principios en toda su pureza, quitándoles la dureza que los hombres con sus errores y pasiones hayan querido darles en la aplicación; acomodarse al espíritu del siglo sin desviarse un ápice de los eternos principios de la moral, ni de cuanto nos enseña y prescribe la religión católica» (*Ibid.*, p 771). Además, «haría sentir en el estilo, en el tono y en el fondo de las ideas, que el periódico estará a la altura del siglo, sin perder nada de su severidad moral y religiosa» (p 772).

3. Defensa de la fe y de la Iglesia

El trabajo que se le solicita es de carácter social y político, aparentemente, y así lo entenderíamos si se tratara de otro publicista. No es el caso de Quadrado, cuyas actuaciones, de cualquier género que sean, vienen teñidas e impulsadas por su religiosidad. Sustenta unas ideas en el campo filosófico, moral, literario o respecto a la actualidad más acuciante del poder, pero en ninguno de ellos tiene ambiciones por encima de lo que le dicta su fe y el seguimiento más

acendrado de la doctrina eclesiástica. Lo reconoce cuando escribe: «Tal vez parezca exagerado nuestro lenguaje, tal vez se nos acuse de prurito de espiritualizarlo y cristianizarlo todo, confundiendo lo divino con lo humano»¹⁴. Siempre se manifestará con la misma contundencia. El texto anterior es de 1844, pero el siguiente lo es de 1869: «Para defender la religión no es necesario elegir escuela, como para ocuparse de política no es forzoso alistarse a un partido. Sigamos en todo y siempre la voz de la Iglesia y no el clamoreo del periodismo...»¹⁵.

En esta fidelidad al magisterio y en la defensa de sus creencias es beligerante. No se conforma con ser uno más, sino que avanza por delante de los que están a su lado, por necesidad de ir el primero y como ejemplo para quienes militan bajo la misma bandera. Y eso es algo que le reconoce Balmes con frecuencia. A un amigo se lo expone: «Está valiente, ya lo veo; pues, ¿no lo ha de estar? Hombres como Quadrado no van nunca con los bagajes; a la vanguardia, y con espada en mano; lo demás es dislocarlos» (12 de noviembre de 1845, p 784). A él mismo se lo declara en una carta: «Valiente está usted; ya verá usted que mis artículos tampoco son de cobarde...» (11 de septiembre de 1846, p 818). Roca y Cornet también le considera batallador: «Verdad que usted coje la pluma como fusil de soldado»¹⁶. Es el signo de los hombres combativos que no se dejaban arrugar por los ataques.

Éste era el impulso que tomaba Quadrado cuando se trataba de defender las ideas que consideraba necesarias en el ámbito público de la Corte y del Gobierno, pero todavía era más arriesgado en las cuestiones que afectaban directamente a la religión. Entonces hay que verle cómo se lanza con decisión y soltura y lo único que le preocupa es la fidelidad a la causa que abrazó en su niñez y de la que nunca se ha separado. Está convencido de que lo que necesita la Iglesia son personas aguerridas que salgan a la palestra sin miedo y con coraje¹⁷.

¹⁴ Cf. nota 1, p 165.

¹⁵ J.M. QUADRADO, «Las escuelas político-católicas», en *La Unidad Católica*, 26 de septiembre de 1969, p 3.

¹⁶ En carta del 13 de noviembre de 1845. Cf. M. ARTIGAS (1930), *El epistolario de Pablo Piferrer*, Barcelona, Imprenta La Renaxensa, p 32.

¹⁷ Lo cual no quiere decir que adoptara una actitud intemperante, pues un amigo que le conocía bien, como es Rubió y Lluch, comenta este aspecto de su personalidad con las siguientes palabras:

Aún habría que añadir algo más sobre la actitud de Quadrado y es que, sobre todo en estas dos publicaciones balmesianas como son *El Pensamiento de la Nación* y *El Conciliador*, que nacen con una intencionalidad política declarada, lo que pretende es contribuir a la unidad de los españoles, que por entonces se hallan enzarzados en una guerra civil latente. El «abrazo de Vergara» había enmudecido las armas, pero los sentimientos e inclinaciones no habían callado de la misma manera, sino que se mantenían con las aristas tan agudas como siempre. Por eso es más valiosa la aportación de quienes trabajaron ante la opinión pública por rebajar la tensión del ambiente y alimentar una tercera vía para el pacífico caminar.

Esa situación a principios de los años 40, cuando llega Quadrado a la lid, la retrata Menéndez Pelayo al decir que «dos bandos poderosos y encarnizados, después de haber lidiado sin cuartel ni misericordia en los campos de batalla, permanecían irreconciliables, ceñudos y rencorosos, como separados por un mar de sangre y por un abismo de ideas todavía más hondo»¹⁸.

Poco podían hacer Balmes y Quadrado ante semejante encarnizamiento: «El proyecto fracasó, y era inevitable que fracasase, no porque dejara de ser el único pensamiento genuinamente español, el único que hubiese atajado desastres sin cuento, dando acaso diverso giro a nuestra historia, sino porque a toda luz era prematuro e irrealizable. Las heridas de la guerra manaban sangre todavía; los odios no habían tenido tiempo de apaciguarse, y aún más que contra las ideas estaban enconados contra las personas». A juicio del joven Marcelino, no se podía hacer más de lo que se hizo: «Dos años de lucha y dos periódicos no bastan para pacificar un pueblo perturbado y desquiciado por medio siglo de revoluciones y reacciones, a cual más sanguinarias e insensatas» (p 221). El empeño era muy noble y está claro que aquellos dos publicistas pusieron todas las energías para lograrlo, pero alcanzarlo era algo que les sobrepasaba.

«Al combatir por la fe y por el altar, la paz, la tolerancia, la persuasión, la dignidad del creyente bajaban a sus labios, y su natural poético y afectivo daba a su brufido y preciso estilo, en medio de su austeridad, indecible encanto y simpatía" (A. RUBIÓ Y LLUCH, «Noticia de algunos apolo-gistas seculares...», *art. cit.*, p 280).

¹⁸ M. MENÉNDEZ PELAYO (1942), «Quadrado y sus obras», en *Estudios y discursos de crítica literaria*, Madrid, CSIC, tomo v, p 211.

4. Dos revistas a su medida

Los proyectos que Quadrado tratará de llevar adelante con mayor ímpetu y en los que pondrá mucho de sí mismo son las revistas *La Fe* y *La Unidad Católica* (ambas desde Palma de Mallorca), porque representan una obra personal y de madurez. Sobre ellas hemos escrito que «las dos servirán como baluarte para defender su religión, a la que está deseando servir de forma activa y beligerante contra quienes percibe como enemigos. El tono combativo de sus escritos en estos periódicos es muy propio de la actitud celosa y feriente de que hace gala a lo largo de su vida»¹⁹.

En el mismo prospecto en el que explica el proyecto de *La Fe* pone énfasis en el carácter apologético de la fe cristiana, que sirve de base no sólo de la verdad religiosa, «sino de todo orden y acierto en política y toda belleza en literatura». Alsina incide en ello cuando explica su trayectoria intelectual: «Al adoptar la filosofía tradicionalista, Quadrado no pretende hacer una labor propiamente filosófica, su intencionalidad en estos artículos es directamente apologética y para ello cree encontrar en la filosofía de Bonald una actitud renovadora y eficaz ante el escepticismo y materialismo del mundo contemporáneo»²⁰.

Es fácil encontrar textos de Quadrado que avalan esta actitud firme, con unos principios que hizo suyos en su juventud y que defendió con tenacidad hasta el fin de sus días. Por ejemplo, «al escoger la divisa de *católicos*, contrajimos la obligación de aislarnos de todo partido, y de no profanar un título tan sagrado y universal sometiéndolo a fines humanos o a opiniones determinadas, que en su legítima esfera son compatibles todas con aquel timbre. Desgraciado el que combate con la religión y no por la religión... Jamás nos perdonaríamos semejante conducta; y seguros de nosotros mismos, rechazamos las imputaciones que en este sentido puedan dirigirnos los que, no comprendiendo los sentimientos y convicciones religiosas, lo explican todo por combinaciones políticas, o peor aún por las

¹⁹ «Textos periodísticos», en la antología de J.M. Quadrado contenida en el número monográfico de *Publicacions des Born*, n 3, Ciutadella de Menorca, septiembre de 1998, p 52.

²⁰ J.M. ALSINA ROCA (1985), *El tradicionalismo filosófico en España. Su génesis en la generación romántica catalana*, Barcelona, PPU, p 206.

del egoísmo...»²¹. En diversos momentos esta postura le empujará hacia un cierto activismo político, aunque mínimo: no era lo suyo, pero lo asume como una obligación más, derivada de las creencias que profesa y en tanto no toman la iniciativa otras personas, mejor preparadas y con una vocación explícita en este terreno.

En esas dos revistas (*La Fe y La Unidad Católica*) ya no trabaja como redactor asalariado para una empresa periodística, ni siquiera ha sido puesto al frente de una publicación por quienes tienen unos objetivos prefijados, sino que se trata de unas iniciativas en las que pone en juego lo mejor de su espíritu y el servicio a sus creencias más acendradas, de tal manera que en su afán de hacerse presente ante la sociedad en la divulgación y defensa de sus pensamientos no dudará en arrostrar toda clase de trabajos y dificultades. No serán pocas, pero eso no arredrará a quien toda la vida ha sido consecuente con sus ideas y fidelidades y ha luchado por llevarlas adelante.

Se va a encontrar con que se le combate con saña. Es incomprensible esta actitud ante una persona de la altura intelectual y moral de nuestro autor, que siempre había dado un elevado ejemplo de probidad y de no dejarse arrastrar por los extremismos. Durante años fue acusado por algunos de integrismo, pero al final fueron éstos los que amargaron el entusiasmo que puso en alguna de sus iniciativas periodísticas²². Campomar describe uno de esos episodios: «Entre los distinguidos católicos que sufrieron por causa de esta persecución, podemos citar a José M. Quadrado. Él se opuso a las purgas integristas y predicó la reconciliación de los católicos. Se desplomaron sobre

21 J.M. QUADRADO, «Nuevos apologistas», en *El Católico*, 17 de septiembre de 1842. Reproducido en los *Ensayos religiosos, políticos y literarios* Palma de Mallorca, Tip. Amengual y Muntaner, 1893, tomo 1, p. 347. Obsérvese la similitud entre estas ideas con el lema que Aparisi Guijarro colocará en la cabecera de su diario *La Regeneración*: «Católicos antes que políticos; políticos en tanto en cuanto la política conduzca al triunfo práctico del catolicismo». Esa posición de Quadrado es puesta de relieve por otro periodista y amigo mallorquín, Miguel de los Santos Oliver, en un artículo encomiástico sobre aquél: «Quiere que el espíritu religioso penetre en la política y en la literatura, sin apoyarse en ellas como base, sino alentándolas como espíritu íntimo, porque no necesita de ellas, que ellas son las necesitadas» (*La literatura en Mallorca*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1988, p. 93).

22 Tal vez por esta causa escribe en su última época algunos denuestos contra los periódicos, contradiciendo su larga e intensa dedicación a la prensa. Puede verse, por ejemplo, en el artículo «Envenenadores públicos», publicado en *La Unidad Católica*, 19 de septiembre de 1969, p. 2, y en su discurso *A la Juventud Católica. Consideraciones de actualidad* (Palma, Tip. Católico-Baleár, 1884, pp. 10-12). Nos ocupamos de ello en nuestro trabajo «El periodista Quadrado», *op. cit.*, pp. 321-324.

él los íntegros acusándole de catolicismo liberal y atacaron con tanta violencia su periódico *La Unión Católica* de Baleares, que a fines de 1873 se vio obligado a cerrarlo. Y eso ocurría en medio del Sexenio, cuando se suponía que los católicos debían estar unidos más que nunca para hacer frente a la revolución»²³. Más incomprensible resulta cuando, al decir de otro autor, «fiel a su bandera de toda la vida, defendía la unidad católica, sin ligar esta causa con la de ningún partido político. Todas las cuestiones que se suscitaban las trataba con una alteza de miras y una independencia sorprendente en estos tiempos de caracteres envilecidos y de espinazos sobradamente flexibles»²⁴.

Cuando conozca las directrices pontificias para los periodistas se va a sentir hondamente recompensado y lo único que lamentará es que los católicos de su entorno no se unan para llevar adelante este mandato, en vez de enzarzarse en luchas intestinas y descalificaciones poco caritativas, que sólo sirven para el regodeo de los enemigos. Éste va a ser uno de los problemas más graves para la implantación y consolidación de la prensa católica en España durante aquellos años finales del siglo XIX. Ruiz Sánchez señala la escisión en el seno del carlismo y la llegada a la escena del integrismo nocedalista con *El Siglo Futuro* (1888) como las circunstancias que frustraron un frente común: «Fue éste el momento en el que arreció en el campo de batalla de la prensa un interminable fuego cruzado de polémicas entre los distintos grupos de católicos en el que cada sector pretendió erigirse como campeón exclusivo condenando a los otros a la hoguera por herejes. La Iglesia apareció así entremezclada con los particulares intereses políticos de cada bando» (p 23).

Naturalmente no fue el único que experimentó una decidida y consecuente vocación en este campo. A lo largo de una vida prolongada como la suya (1819-1896) asistirá al nacimiento de muchas otras iniciativas y a la consolidación de diversas vocaciones, sobre todo en Baleares, Cataluña y Madrid, ámbitos territoriales con los que siempre permanecerá en contacto, casi siempre unido a ellos por lazos personales de fraterno entendimiento. Todos tratarán de mantenerse activos y hacerse presentes con sus ideas y creencias en la

²³ M.M. CAMPOMAR FORNIELES (1984), *La cuestión religiosa en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, p 46.

²⁴ D. ISERN (1896), *Cuadrado y sus obras*, Madrid, Imprenta Ventosa, p 10.

convulsa sociedad española del siglo XIX. En tales amigos se apoya Quadrado para persistir en su labor y ellos encontrarán en el menorquín el ejemplo y la comprensión que precisaban para sentir que se hallan en el camino correcto.

Por eso, cuando las autoridades eclesiásticas y civiles de Vic quieren celebrar en 1919 el aniversario de la muerte de su ilustre paisano, Jaime Balmes, asociándolo al centenario del nacimiento del de Menorca, el canónigo Collell pronuncia una apasionada conferencia en la que une los dos nombres y que concluye con las palabras que traducimos de su lengua: «Balmes y Quadrado comparten unidos la realeza del periodismo católico en la más alta expansión de la apologética: ellos, pues, han de ser los maestros indiscutibles de todo buen luchador en el campo de la prensa española. Honrémosles, imitándolos»²⁵.

²⁵ J. COLLELL (1919), *L'obra patriòtica den Balmes y den Quadrado*, Vich, Tip. Balmesiana, p. 23. Algunos considerarán a Quadrado discípulo de Balmes, por el ascendiente de éste y la docilidad con que le sigue, pero en realidad se trata de dos personas de la misma edad y que se iniciaron en el menester apostólico de la pluma por los mismos años. Así lo pone de relieve Menéndez Pelayo en la obra citada (p. 217) y también Rubió y Lluch, quien se refiere a ellos como dos almas gemelas (pp. 280 y 282): tal vez al situarlo nosotros «en la estela de Balmes» no lo estamos haciendo justicia.